

Del deseo al acto. El parricidio desde la teoría de las relaciones objetales

From the desire to the act. Parricide from objet relations theory

Ruth Vallejo Castro ¹

Martín Jacobo Jacobo ²

Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo (UMSNH).

Morelia, Michoacán,

México.

Resumen

La familia forma parte de un cuerpo social permanente y su óptimo funcionamiento constituye la base de un entramado mayor llamado sociedad. Adentrarnos a escudriñar sobre los deseos inconscientes que permean en el individuo en relación con los sujetos que conforman este primer núcleo social nos permite problematizar sobre las distintas manifestaciones de la violencia que se da dentro del mismo a partir de las aportaciones teórico-psicoanalíticas que se despliegan en torno al parricidio. El presente artículo es una revisión temática sobre el concepto de parricidio desde la teoría psicoanalítica de las relaciones de objeto, partiendo de la importancia que este concepto tiene como parte central de la obra freudiana dentro de la conceptualización del Complejo de Edipo, uno de los pilares fundamentales del psicoanálisis clásico. Desde la teoría de las relaciones objetales surge la apuesta de que el deseo de dar muerte al padre se motiva por un impulso de muerte no contenido por un objeto bueno y benevolente al momento de nacer, lo que coloca al sujeto en un engrandecimiento yoico para contrarrestar la carencia de los objetos desde el inicio de la vida. Por otra parte el psicoanálisis clásico plantea que el deseo parricida es tan antiguo que es difícil rastrear sus orígenes pero se mantiene vigente en la fantasía inconsciente de todos los individuos. En el desarrollo de este trabajo se abrirá el diálogo

1 Doctora en Teoría Psicoanalítica por parte de la Universidad Autónoma de Querétaro dentro del doctorado en Psicología y Educación. Correo electrónico: ruthvc4@hotmail.com

2 Maestro en Psicoterapia Psicoanalítica de la Infancia y la Adolescencia por parte de la Universidad Vasco de Quiroga. Correo electrónico: marjacobob2@hotmail.com

sobre la concepción del parricidio desde el psicoanálisis vienes para complementarla con las aportaciones que surgen de la teoría psicoanalítica inglesa.
Palabras clave: *deseo, acto, parricidio, filicidio, complejo de Edipo.*

Abstract

Family is part of a permanent social body. Its optimal functioning is the base of a more complex web called society. The act of studying thoroughly to scrutinize about the unconscious desires that leak in the individual in relation with the persons that are part of this first social core allow us to problematize the different displays of violence that arise within the subject according to the theoretical-psychoanalytical contributions derivative around the parricide.

This article is a thematic review of the concept of parricide according to the psychoanalytical object relations theory, starting from the importance this concept has as a main part of the freudian work in the Oedipus Complex conceptualization, one of the main pillars of classical psychoanalysis.

The position for the desire to kill the father is motivated by a death drive not contained by a good and benevolent object at birth emerge from the object relations theory, which places the subject in a self aggrandizement to counteract the lack of objects since the beginning of the subject's life. Moreover, classical psychoanalysis proposes that the desire for parricide is so old that it's difficult to trace its origins, but it remains valid in every individual's unconscious fantasy.

In this work, the conception of parricide will be discussed according to the Viennese psychoanalysis in order to complete it with the contributions that emerge from the English psychoanalytic theory.

Key words: *parricide, Oedipus complex, object relation.*

Introducción

Para hablar del parricidio desde la teoría psicoanalítica clásica tenemos que partir del camino que lleva la pulsión de muerte y que se transforma en deseo parricida, de ahí que escudriñemos sobre el nacimiento de este deseo desde Freud para posteriormente dialogar con la postura kleiniana sobre el surgimiento de las manifestaciones de dar muerte al padre y con ello adentrarnos a la propuesta de la teoría de las relaciones de objeto.

Desarrollo

La teoría psicoanalítica clásica postula que las pulsiones son un proceso dinámico consistente en un *empuje* (carga energética, factor de motilidad), que dirige al organismo hacia un fin determinado. Según Freud una pulsión tiene su *fuerza* en un estado de tensión, en una excitación corporal por lo que su *fin* será suprimir este estado que reina en la fuente pulsión, la relación que se establece con el *objeto* es lo que permite a la pulsión alcanzar su fin, la descarga.

Freud, en *Pulsiones y destino de pulsión* (1915/2009) nombra dos tipos de pulsiones: por un lado están las pulsiones de vida, también conocidas como Eros, con las cuales no sólo designa a las pulsiones sexuales o libidinales sino también las de autoconservación. Por otro lado se encuentran las pulsiones de muerte o tanáticas las cuales tienden a la destrucción de las unidades vitales del organismo, a la nivelación radical de las tensiones y la búsqueda a un estado previo inorgánico, considerado como el estado de reposo absoluto. Las pulsiones de muerte tienden inicialmente a dirigirse hacia el interior del sujeto, a la autodestrucción, pero secundariamente se dirigen hacia un objeto externo, manifestándose entonces en forma de pulsión agresiva o destructiva. Este último término fue introducido por Freud en *Más allá del principio del placer* (1920/2009) donde plantea que tanto la pulsión de vida como la pulsión de muerte son determinantes para la vida y el desarrollo del individuo; por lo tanto, la vida psíquica del sujeto se va a ver matizada por la regulación de ambas fuerzas.

Para Klein (1935/1990) la pulsión de muerte cobra vital importancia para la explicación de su teoría. Retoma de Freud la pulsión de muerte silenciosa, difícil de investigar su existencia y la convierte en una pulsión que tiene manifestaciones clínicas visibles; las ve a partir de un superyó incipiente pero totalmente severo, es decir, el superyó es la manifestación, en el momento de nacer, de un instinto de muerte que opera en una acción destructiva contra el individuo, tal como Freud lo había sostenido. Sin embargo, Klein le quita la noción de origen orgánico y a cambio de esto sostuvo que la estimulación del cuerpo daba origen a sucesos psíquicos primarios que consistían en interpretaciones subjetivas de estímulos corporales que se consideraban provocados por un objeto, por ejemplo las contracciones del vientre de la madre al momento de dar a luz.

Las primeras hipótesis kleinianas versan sobre dos aspectos:

1. La existencia de un superyó temprano, que sitúa desde el momento mismo de la vida psíquica.
2. La idea del complejo de Edipo temprano, ubicado en los periodos pregenitales del desarrollo (Bleichmar y Lieberman de Beichmar, 2001).

Klein resalta que la agresión posee un papel central tanto en el desarrollo psíquico temprano como a lo largo de la vida del sujeto y siendo estos impulsos los que cobran mayor importancia en los primeros años de vida psicológica del niño, principalmente en el vínculo con la madre, considera que la existencia de los impulsos agresivos se deben a la pulsión de muerte. Este aporte kleiniano de situar la agresión humana como pilar en su teoría permitió la comprensión de psicopatologías graves, antes no estudiadas, como la psicosis y los estados limítrofes, mismos aportes que retoma Otto Kernberg (2001) para adentrarse en el estudio de los desórdenes fronterizos y el narcisismo patológico.

Durante el primer periodo de sus estudios (1920-1932) Klein se preocupó por los orígenes del superyó y descubrió que estos eran anteriores a lo que preveía la teoría freudiana. Sin embargo, con la publicación de “Contribución a la psicogénesis de los estados maniaco depresivos” de 1935/1990, se produce un momento clave en la conceptualización del superyó, al separar definitivamente su origen del conflicto edípico. El superyó para Klein existe desde el comienzo de la vida, formándose por la introyección de dos objetos contradictorios, uno bueno y benevolente (objeto parcial idealizado) y otro sádico y punitivo (objeto parcial persecutorio). El aspecto severo y punitivo del superyó proviene del objeto parcial persecutorio introyectado en los orígenes, mientras que el objeto parcial idealizado será el núcleo del ideal del yo, que se constituye a lo largo de la posición depresiva. Este carácter dual del superyó termina siendo una estructura integrada, un objeto interno, resultado de elaborar las ansiedades depresivas y de poder unir los objetos parciales internos en un objeto total. En otras palabras, el superyó para Klein era la manifestación del instinto de muerte, que inicialmente es severo y posteriormente se suaviza con el paso de la posición esquizo-paranoide a la posición depresiva.

En *El Yo y el Ello* (1923/2009) Freud sostiene que la culpa nacía del superyó, el cual se formaba después del complejo de Edipo en la etapa fálica entre los 4 y 5 años de edad. En esta concepción el superyó es el “heredero del complejo de Edipo” (p. 48) que se forma por la introyección de los objetos edípicos amados, es decir, la introyección de las “identificaciones primarias”, madre y padre. Estos objetos edípicos son acogidos dentro del yo e instituidos como parte de la instancia interna de vigilancia y auto-crítica. Freud (1917/2009) construyó su concepción del superyó sobre los descubrimientos que había hecho acerca del duelo, presentó la resolución del complejo de Edipo como un proceso por el cual los objetos amados de la niñez se introyectaban, al mismo tiempo en que bajo la afluencia de la angustia de castración se abandonaban dando como resultado un vínculo interno con una figura calcada de los padres que tenía el mismo papel de guardián-censor. Klein (1935/1990) nunca negó la existencia de un superyó sino cuestionó la fecha que Freud instauraba para su inicio.

Aquellos fenómenos precisos, típicos, cuya existencia en su forma más claramente desarrollada podemos reconocer cuando el complejo de Edipo ha alcanzado su cenit, y que proceden a su desvanecimiento, no son sino la terminación de un desarrollo que ocupa años. El análisis de niños muy pequeños muestra que, tan pronto como surge el complejo de Edipo, ellos empiezan a elaborarlo y, así, a desarrollar el superyó. (p. 267)

Hishelwood (1989) nos muestra que los puntos de vista de Klein sobre el superyó divergen de los de Freud en tres aspectos principales:

1. El origen del superyó resulta muy anterior a lo que Freud proponía,
2. los constituyentes del superyó son múltiples y variados y no una amalgama monolítica de padres edípicos introyectados, y
3. puesto que su curso de desarrollo es mucho más prolongado, el superyó atraviesa procesos de modificación, en particular su suavizamiento de su severidad y una integración de sus partes contradictorias.(p. 134)

Klein, apoyándose en las exposiciones que Freud había hecho sobre el instinto de muerte en *Más allá del principio del placer* desde 1920 recurrió a la idea ahí enunciada de que la primer función del yo es apartar el instinto de muerte hacia fuera, hacia un objeto del mundo exterior y este acto es el que da nacimiento al yo. Señala Klein (1952/1994):

A fin de salvarse de ser destruido por su propio instinto de muerte, el organismo emplea su libido narcisista, o de amor de sí, para expulsarlo hacia fuera y dirigirlo contra sus objetos [...] Este paso defensivo del yo, evidentemente inicial, constituye, me parece, la piedra fundamental del desarrollo del superyó, cuya violencia excesiva en esta etapa temprana quedaría entonces explicada por el hecho de que es un retoño de instintos destructivos intensos (p. 77).

De esta manera la pulsión de muerte para Klein era proyectada hacia el mundo exterior, hacia un objeto parcial externo que pudiera contenerla con la finalidad de ir conformando un yo más sólido del bebé desde esta temprana edad.

Por otra parte, Freud postula el nacimiento del deseo parricida en su texto de *Tótem y Tabú* (1913/2009) dándole una justificación filogenética. Parte de un estudio antropológico minucioso basándose en textos de épocas tan remotas donde pareciera que los hombres eran guiados por sus instintos; sin embargo, se pudo dar cuenta que aún en ellos había restricciones de tipo sexual, que tenían que ver con entablar relaciones incestuosas entre ellos. De ahí surge el Totemismo revisado por Freud (1913/2009) quien, citando a J.G. Frazer en su libro menciona:

El tótem es en primer lugar el antepasado de la stirpe, pero además su espíritu guardián y auxiliador que le envía oráculos; aún cuando sea peligroso, conoce a sus hijos y es benévolo con ellos... el lazo totémico es más fuerte que el lazo de sangre o familiar en el sentido moderno... (p. 12)

Por ende, esto significaba que los miembros de un mismo tótem no podían entablar vínculos sexuales entre ellos; el que lo hiciera, transgredía al tótem y el castigo era tan severo como la muerte misma, ya que el hacerlo

los llenaba de una culpa oprimente y castigo divino. Todos los miembros de un mismo tótem, ascendentes y descendientes tenían que seguir la misma línea, con el fin de impedir el incesto. En otras palabras el tótem venía a significar la base de obligaciones y limitaciones éticas de la tribu.

“Wund llama al tabú el código legal no escrito, el más antiguo de la humanidad” (1906, como se cita en Freud, 1913/1990, p.27), más antiguo que cualquier religión, y descubre la esencia del tabú en la angustia entre los demonios.

Si lo connotamos psicoanalíticamente pudiéramos decir que el tabú ha sido incorporado de tal manera en las antiguas tribus que el castigo por la violación cometida de éste quedaba a cargo de un dispositivo interno automático; es decir, el tabú violado se vengaba a sí mismo.

Pero para que algo sea prohibido tiene que vincularse con una fuerte inclinación sobre este tipo de actividad, lo que marca una actitud ambivalente sobre las prohibiciones-tabú; por un lado, al inconsciente nada le gustaría más que violarlas, pero por otra parte teme hacerlo y este miedo es más intenso que el placer que le provoca, por lo que reprime su deseo.

Nos dice Freud (1913/2009) que las prohibiciones tabúes más antiguas son las del totemismo: no matar al animal totémico y evitar las relaciones sexuales con las mujeres del mismo tótem. En otras palabras, la función de estas prohibiciones era inhibir el deseo incestuoso y el deseo parricida. El problema social en la transgresión del tabú es que la acción pueda tentar a otros para que sigan su ejemplo, si lo hace despierta envidia en los demás y se vuelve contagioso por esto mismo es necesario evitar al sujeto y convertirlo a él también en un tabú. Si ellos no rechazan al malhechor se descubrirían que ellos mismos quieren obrar como tal.

El tabú es una prohibición antiquísima, impuesta desde afuera (por alguna autoridad) y dirigida a las más intensas apetencias de los seres humanos. El placer de violarlo subsiste en lo inconsciente de ellos; los hombres que obedecen al tabú tienen una actitud ambivalente hacia aquello sobre lo cual el tabú recae. [...] El hecho de que la violación de un tabú se expía mediante una renuncia demuestra que en la base de la obediencia al tabú hay una renuncia (p. 42)

Retomando el sentido de la prohibición podríamos decir que no se prohíbe algo que no es plenamente deseado pues su efecto no tendría sentido, sino que se prohíbe aquello que lleva en sí un anhelo o un deseo implícito. De esta manera Freud lanza la tesis de que en los hombres primitivos sus anhelos más fuertes eran los de asesinar a sus reyes y sacerdotes por todo lo que ellos poseían y les era negado a las estirpes más bajas, así como perpetrar el incesto, maltratar a sus muertos, entre otros. Freud (1913/2009) demuestra que hay una identidad esencial entre prohibición del tabú y prohibición moral: “Este es un mandamiento de la conciencia moral, su

violación origina un horrorizado sentimiento de culpa, tan evidente en sí mismo como es desconocido su origen” (p. 73).

Si esto es así, podemos fundamentar que la conciencia de culpa posee en gran medida la naturaleza de la angustia o como la llama Freud “angustia de la conciencia moral”. Para los primitivos, el matar y comer al tótem son sólo algunos de los tabúes que pesan sobre ellos, podemos agregar el tocarlo, y aún, mirarlo. La violación de estos mandamientos-tabú se castiga de manera automática con enfermedades graves o la muerte.

Sin embargo el comportamiento hacia el animal totémico era ambivalente por excelencia, un odiar y un amar desmedidos. El psicoanálisis devela que el animal totémico es una sustitución del padre y con ello se trata de resolver la contradicción de que estuviera prohibido matarlo en cualquier caso, y que su matanza se convirtiera en festividad; que se matara al animal y no obstante se lo llorara, aquí la ambivalencia de sentimientos de la que hablaba Freud que aún se observa hasta nuestros días, lo cual caracteriza al complejo paterno en nuestros niños, y continúa a menudo en la vida de los adultos.

La hipótesis darwiniana sobre la horda primitiva muestra un padre celoso, violento y cruel que posee a todas las mujeres de la tribu y expulsa a los hijos varones cuando éstos han crecido, para asegurarse de esta manera de continuar en el poder. Se presupone que los hermanos expulsados, se confabularon en contra del padre para matarlo y tras asesinarlo lo devoraron para poner fin a la horda paterna. El padre primordial era el arquetipo envidado por poseer a las mujeres pero a la vez temido por cada uno de los hermanos. El canibalismo que precedía al asesinato, fue interpretado por Freud como el intento de identificarse con el padre a partir de la ingesta. El banquete totémico dice Freud (1913/2009) “sería la repetición y celebración recordatoria de aquella hazaña memorable y criminal con la cual tuvieron comienzo tantas cosas: las organizaciones sociales, las limitaciones éticas y la religión” (p. 144). Por lo tanto además del odio inconsciente hacia este padre punitivo, existía la veneración y amor por su figura, para después de perderlo tratar de introyectarlo física y psíquicamente, logrando de esta manera su incorporación e internalización.

Sin embargo, tras derrocar al padre malo, que les imponía un sentimiento de odio y recelo contra él, resurgían los sentimientos opuestos, mostrando admiración y cariño. Aquí surge el arrepentimiento que no es otra cosa que la conciencia de culpa, y aún cuando era compartida por algunos miembros del clan no era suficiente para aminorarla. El padre, ahora muerto, cobraba más fuerza que la que pudo tener en vida, lo que antes él había impedido en vida, ellos mismos se lo prohibían dice Freud (1913/2009) “... ahora la situación psíquica de la obediencia de efecto retardado [...] revocaron su hazaña declarando no permitida la muerte del sustituto paterno, el tótem, y renunciaron a sus frutos denegándose las mujeres liberadas...” (p.

145). Por lo tanto, es a partir del sentimiento de culpa que surgieron los dos tabúes principales del totemismo: el parricidio y el incesto.

El significado que el sacrificio tiene en términos universales reside en que ofrece al padre el desagravio por la infamia perpetrada en él, en la misma acción que continúa el recuerdo de esa fechoría. Dice Grinberg (1970):

El sacrificio y la comida totémica se deben a una compulsión a la repetición a través de los años [...] el padre actual suscita los mismos afectos ambivalentes que el Padre primitivo y, en consecuencia, el odio inconsciente a los padres está presente en todos los tiempos... (p. 20).

Es claro ver hoy en día esta aseveración que Grinberg rastrea desde Freud, se encuentra vigente en la religión repitiéndose día a día en la forma originaria del sacrificio, y el sentido de la acción suele ser el mismo, la idea del pecado o sea el sentimiento de culpa; si analizamos esto detenidamente podemos observar que en la base de toda religión existe la necesidad de calmar el sentimiento de culpa y aplacar a un sustituto paterno, implícito en la imagen de Dios, con características superyoicas ante el cual se experimentan fuertes sentimientos ambivalentes.

El psicoanálisis nos deja ver que en cada hombre hay un modelo de Dios de acuerdo al padre y que el vínculo de la relación con el padre vivo matizará la relación con Dios, seguirá las oscilaciones y mudanzas del primero siendo que Dios en el fondo no es más que un padre enaltecido; por lo tanto, la idea de padre sigue dos caminos, 1) el de animal totémico sacrificial y 2) como un Dios.

Calmar esa conciencia de culpa no era cosa fácil para los primitivos, hubo una suerte de sublimación en la que el hombre comenzó a arar la “Madre Tierra”, abonarla y fertilizarla para después recoger los frutos que ésta le brindaba (hijos).

La religión católica abre otro camino para expiar la culpa mediante la venida de Cristo a la tierra muriendo y sacrificando su vida para redimirnos del pecado original. Cristo era representante del padre, pero era hermano de nosotros, puesto que su padre y el nuestro esta en el cielo. El pecado original del hombre es indudablemente un desagravio contra Dios Padre, y si en esa época existía la Ley del Talión podemos inferir que fue ojo por ojo, y Dios sacrifica al hijo como el hijo (o hermanos) le dieron muerte a él:

un asesinato sólo puede ser expiado por el sacrificio de otra vía; el auto-sacrificio remite a una culpa de sangre. Y si ese sacrificio de la propia vida produce la reconciliación con Dios Padre, el crimen así expiado no puede haber sido otro que el parricidio (Freud, 1913/2009, p. 155)

Quizá hasta aquí se pueda cuestionar el hecho de que este tipo de cosas que han acontecido desde varios siglos, puedan tener ahora una implica-

ción en el sujeto para comprender su actuar. Pero podemos hablar de algo que se trasmite de generación en generación a través de los siglos y que se va matizando de manera diferente según la época pero que en esencia sigue igual. Esto que acabamos de exponer no es otra cosa que lo mismo que se llega a descubrir con el Complejo de Edipo, esta ambivalencia de sentimientos de amor y odio hacia el padre del mismo sexo y deseos incestuosos hacia el padre del sexo opuesto viene a dar luz sobre aquello que versan los historiadores del hombre primitivo, y que hoy en día se logra ver en la clínica.

El neurótico está sobre todo inhibido en su actuar, el pensamiento es para él el sustituto pleno de la acción, en el primitivo no está inhibido, el pensamiento se traspone sin más en acción. Es la conciencia de culpa la que se transmitió de madre a hijos con el fin de salvaguardar un equilibrio restablecido a partir de la muerte de un primer padre, aquel que existió en las hordas primitivas, o en palabras de Freud “en el comienzo fue la acción”, ahora sólo queda el pensamiento.

Finalmente lo que Freud trató de plantear en *Tótem y Tabú*, es que todas las propiedades y características del tabú entre los primitivos siguen teniendo vigencia actual en la fantasía inconsciente de todos los individuos aunque en diferentes proporciones. Señala al tabú como una prohibición tan antigua que ningún historiador ha podido determinar su tiempo, que es impuesto desde afuera y dirigida contra los deseos más intensos del hombre, el incesto y el parricidio.

Si hablamos del parricidio como el crimen primario y principal de la humanidad cabría plantear si es posible que sea primero el padre quien crea el temor ante la castración aunque sea como precio por el amor, o el castigo por la desobediencia. Freud señaló que cuando el niño reacciona frente a las primeras grandes privaciones instintivas con agresión excesiva y con la severidad del superyó no hace más que repetir el prototipo filogenético, es decir, el padre prehistórico seguramente fue terrible y bien podría atribuírsele la más extrema agresividad.

Este aspecto podría ponernos a pensar en una agresión primera por parte del padre. Roudinesco (2004) mencionó la omisión que hace Freud de la primera parte del mito de Edipo al formular su teoría; él omite el antecedente filicida, el intento de los padres de matar a Edipo para evitar la predicción del oráculo y se centra únicamente en el acto de Edipo que da muerte a su padre y se casa con su madre, llevando este acto a la universalidad del impulso humano. El acto filicida que Freud no alcanzó a analizar dentro de la conflictiva edípica ha sido comprobado en estudios recientes, mostrando este acto más común de lo que parece.

Bloch (1994) sustenta que muchas de las distorsiones y confusiones de la vida adulta tienen sus raíces en el miedo infantil a ser asesinados por los padres y en la convicción de que nuestras vidas dependen de que ganemos

su amor. Esta autora señala que el miedo al infanticidio, que tiene su origen en la vulnerabilidad en nuestra primera infancia, se mezcla más tarde con el pensamiento mágico que nos lleva en la niñez a culparnos por cualquier hecho desgraciado que suceda en nuestro entorno y por tanto a anticiparnos al castigo. Para sentirse seguro, el niño recurre habitualmente al autoengaño y la fantasía como medidas defensivas. El terror y la rabia son desplazados hacia monstruos y otras criaturas imaginarias, preservando así la creencia (o esperanza) indispensable de que los padres son (o serán) cariñosos.

Bloch (1994) asevera que los niños están universalmente predispuestos a este miedo filicida por la vulnerabilidad de su propio estado físico y psicológico y que la intensidad del miedo dependerá de la prevalencia de sucesos traumáticos, del nivel de violencia y el cariño que haya vivenciado. De esta manera la violencia o la amenaza de violencia confirma sus miedos ya establecidos.

El niño activará defensas para protegerse, pero si el acto violento es prevaletante, el niño terminará por dar una respuesta violenta a los sentimientos y deseos violentos (conscientes o inconscientes) de sus padres; por lo tanto, el miedo del niño al infanticidio es el factor determinante de su necesidad de defensa y la función de las fantasías infantiles que el niño crea son un medio de supervivencia contra su miedo a ser asesinado que si se intensifica se puede volver un impulso a cometer asesinatos. Según Bloch (1994)

El miedo al infanticidio que normalmente da lugar a las fantasías del niño, se había visto intensificado por el persistente abuso de la violencia en un medio falto de cariño, el cual suscitaba no sólo el deseo sino también el impulso de matar [...] la inhibición de la fantasía, que sirve como defensa contra los malos tratos persistentes en un medio hostil, puede sugerir por lo tanto una predisposición a cometer asesinatos... (pp. 110-129).

En la obra clásica de Dostoievsky (2003), *Los Hermanos Karamazov*, nos podemos dar cuenta de las motivaciones que los hermanos tuvieron para cometer el asesinato del padre. Hay una naturaleza pulsional del deseo del asesinato, sólo uno de ellos efectúa el crimen, de una manera premeditada cuyo objetivo es la redención ante un padre transgresor.

De Tavira (1994) señala que a través del proceso interno que está sucediéndose en las primeras etapas del niño, específicamente en el momento de la relación simbiótica madre-hijo se transmiten los sentimientos, deseos o impulsos tanáticos y demuestra que “los deseos filicidas de la madre pasan al hijo como un potencial de destructividad y muerte que marcan la pauta en el proceso vital” (p. 47)

Ello nos explica que cualquier sujeto que actúa en forma filicida debió tener una figura filicida o haber sentido este deseo en alguna forma o en varias modalidades que se conocen y se justifican racionalmente como “educadoras” u otras que se pueden observar como exageración de los cui-

dados o su contrario la desprotección y descuido. La envidia, las actitudes autodestructivas-suicidas son también formas encubiertas de deseo filicida porque impiden al hijo salvarse del introyecto de este deseo (De Tavira, 1994).

Klein (1959/1994) señala que ciertos factores llevarán a una mayor tendencia en el criminal a suprimir las fantasías inconscientes de dar muerte al padre y hacer *acting out* en la realidad, escribe: “Naturalmente en casos en que los niños, no sólo en la fantasía, sino también en la realidad, experimentan cierto grado de persecución por padres malos o un ambiente miserable, se reforzarán fuertemente las fantasías” (p. 265).

Como señala Rascovsky (1974), la matanza, mortificación, mutilación, denigración y abandono de los hijos han pasado a ser un hecho de observación cotidiana tan evidente que la aproximación científica al problema que suscita debe iniciarse con el descubrimiento de la negación universal que pesa sobre tan reiterado y extendido fenómeno del que todos somos actores activos o pasivos.

Retomando *Tótem y Tabú* (1913/2006), podemos apreciar que el texto freudiano demuestra este antecedente filicida al plantear que los hombres primitivos vivían en pequeñas hordas, cada una de ellas sometida al poder despótico de un macho que se apropiaba de las hembras. Un día los hijos de la tribu, en rebelión contra el padre, pusieron fin al reino de la horda salvaje. En un acto de violencia colectiva, mataron al padre y comieron su cadáver, pero después del asesinato se arrepintieron, renegaron del crimen y crearon un nuevo orden social, instaurando simultáneamente la exogamia y el totemismo, basado en prohibir el asesinato del sustituto del padre, el tótem. Dicen Roudinesco y Plon (1998):

Desde esta perspectiva el complejo de Edipo, sacado a la luz por el psicoanálisis, según Freud no era más que la expresión de dos deseos reprimidos (deseo de incesto, deseo de asesinar al padre) contenidos en dos tabúes propios del totemismo: la prohibición del incesto, la prohibición de matar el padre tótem. Era por lo tanto universal, puesto que traducía los dos grandes prohibiciones fundantes de todas las sociedades humanas... (p. 1068).

Quizá con otras palabras, pero al parecer Freud muestra de una manera semejante las principales prohibiciones del ser humano, el parricidio y el incesto y aún cuando centra la historia en el crimen de los hermanos en contra del padre, tal parece que también olvida el antecedente filicida que el padre proyecta en los hijos, factor determinante para que se lleve a cabo el asesinato del padre.

Conclusiones

Concluyendo con las ideas aquí expuestas, podemos puntualizar los puntos de unión de lo trabajado por los distintos autores que se mostraron.

Desde Klein, hablamos que hay una pulsión de muerte con la que nace el sujeto, pero se espera que a partir del nacimiento y la relación con objetos buenos y benevolentes ésta se pueda disminuir y matizar dando paso a un crecimiento de la pulsión de vida. Sin embargo, si esta pulsión agresiva no es contenida por los objetos y devuelta como pulsión de vida, surge una angustia tan devastadora como la muerte misma, si los padres no contienen suficientemente esta agresión, se podrá trasmudar finalmente en un deseo parricida o en el peor de los casos, si esta agresión no sólo no es contenida sino acrecentada en los deseos ambivalentes, conscientes e inconscientes de los padres, se convierte entonces en un deseo filicida que posteriormente se trasmuda en uno parricida.

Desde la teoría de las relaciones de objeto, Bloch (1994) sustenta que los niños están universalmente predisuestos al miedo al infanticidio/filicidio por la vulnerabilidad de su propio estado físico y psicológico y que la intensidad del miedo dependerá de la prevalencia de sucesos traumáticos, del nivel de violencia y el cariño que hayan vivenciado. De esta manera la violencia o la amenaza de violencia confirma sus miedos ya establecidos.

El niño activará defensas para protegerse, pero si el acto violento es pre-valoriente, el niño terminará por dar una respuesta violenta a los sentimientos y deseos violentos conscientes o inconscientes de sus padres; por lo tanto, el miedo del niño al infanticidio es el factor determinante de su necesidad de defensa y la función de las fantasías infantiles que el niño crea son un medio de supervivencia contra su miedo a ser asesinado que si se intensifica se puede volver un impulso a cometer asesinatos.

Por otro lado Freud, al formular su teoría del complejo de Edipo, también se olvida del antecedente filicida, el intento de los padres de matar a Edipo para evitar la predicción del oráculo, y se centra únicamente en el acto de Edipo que da muerte a su padre, llevando este acto a la universalidad del impulso humano. Finalmente lo que Freud trató de plantear en *Tótem y tabú*, es que todas las propiedades y características del tabú entre los primitivos seguía teniendo vigencia actual en la fantasía inconsciente de todos los individuos aunque en diferentes prohibiciones, señalando al tabú como una prohibición tan antigua que ningún historiador ha podido determinar su tiempo, que es impuesto desde afuera y dirigida contra los deseos más intensos del hombre, el incesto y el parricidio.

Con esto podemos concluir planteando que desde el psicoanálisis, el deseo parricida tiene dos orígenes en el ser humano, por un lado un origen filogenético, tan antiguo que ningún historiador ha podido determinar su tiempo cuya base es la muerte del padre primitivo, y un origen ontogenético, es decir, aquel que se desarrolla a partir de las manifestaciones de la

pulsión de muerte dirigidas hacia el exterior y contenidas o no por los padres; la relación que el sujeto entable con sus primeras relaciones objetales, serán determinantes para que el deseo parricida se sublime o se convierta en acto.

Referencias

1. Bleichmar, N. M. y Leiberman de Bleichmar, C. (2001). *El psicoanálisis después de Freud*. México: Paidós.
2. Bloch, D. (1994). *Para que la bruja no me coma. Fantasía y miedo de los niños al infanticidio*. México: Siglo XXI.
3. De Tavira, N. F. (1994). La inoculación de la muerte: Narcisismo Filicida. *Aletheia* (13), 57.
4. Dostoievsky, F. (2003). *Los hermanos Karamasov*. Buenos Aires: Libertador.
5. Freud, S. (1917/2009). Duelo y Melancolía. En S. Freud, *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico. Trabajos sobre metapsicología y otras obras* (Vol. XIV, pp. 241-255). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu
6. Freud, S. (1930/1990). El malestar en la cultura. En S. Freud, *El malestar en la cultura* (Vol. XXI, pp. 57-140) Buenos Aires: Amorrortu
7. Freud, S. (1923/2009). El yo y el ello. En S. Freud, *El yo y el ello y otras obras* (Vol. XIX, pp. 1-66). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
8. Freud, S. (1920/2009). Más allá del principio del placer. En S. Freud, *Más allá del principio de placer. Psicología de las masas y análisis del yo y otras obras* (Vol. XVIII, pp. 63-136). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
9. Freud, S. (1915/2009). Pulsiones y destinos de pulsión. En S. Freud, *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico. Trabajos sobre metapsicología y otras obras* (Vol. XIV, pp. 1-64). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
10. Freud, S. (1913/2009). Tótem y Tabú. En S. Freud, *Tótem y Tabú* (Vol. XIII, pp. 1-164). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
11. Grinberg, L. (1970). *Culpa y depresión*. Buenos Aires: Alianza.
12. Hinshelwood, R. (1989). *Diccionario del pensamiento kleiniano*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
13. Kernberg, O. (2001). *La teoría de las relaciones objetales y el psicoanálisis clínico*. México: Paidós.
14. Klein, M. (1952/1994). Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del bebé. En M. Klein, *Envidia y gratitud* (Vol. 3, pág. 354). México: Paidós.
15. Klein, M. (1935/1994). Contribución a la psicogénesis de los estados maniaco-depresivos. En M. Klein, *Amor, culpa y reparación* (pág. 451). Barcelona: Paidós.
16. Rascovsky, A. (1974). *El filicidio*. Buenos Aires: Onion.
17. Roudinesco, E. (2004). *La familia en desorden*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
18. Roudinesco, E., y Plon, M. (1998). *Diccionario de psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.

Recibido: 28 de agosto de 2013

Revisado: 18 de octubre de 2013

Aceptado: 12 de noviembre de 2013